

Some things happen all at once

Rosa Casado y Mike Brookes*

El texto impreso a continuación es un fragmento de la performance *Some things happen all at once*. Este texto es uno de los elementos que constituyen la acción y se escribió para ser dicho.

La pieza combina ideas sobre sostenibilidad, fases de transición del agua, entropía, progreso y comportamiento social; el texto se nutre, directamente, del libro de Philip Ball *Critical mass —how one thing leads to another—* y del artículo de Buckminster Fuller “Operating manual for spaceship Earth”.

El trabajo se estructura en torno a la construcción, colocación y descomposición de un bosque modelo hecho enteramente de hielo. Este modelo consiste en 200 árboles de hielo individuales en el que hay un pueblo con 40 casas y una iglesia también de hielo; el bosque tiene una estructura circular de 3.5 metros de diámetro.

El público entra y se encuentra: el bosque colocado directamente en el suelo del espacio y está rodeado, parcialmente, e iluminado por lámparas con bombillas de calor de luz infrarroja; el pueblo iluminado por una pequeña bombilla de 6W suspendida sobre el mismo; una persona que pedalea en una bicicleta generando, así, la corriente que alimenta la bombilla suspendida sobre el pueblo y, al lado, dos bicicletas vacías. Hay dos termómetros: uno que muestra la temperatura del pueblo de hielo y otro que muestra la temperatura de la sala. Cuando el público se coloca y se habitúa al espacio, la persona que está pedaleando en la bicicleta empieza a decir el texto tranquila y suavemente; su voz está amplificadas y llena el espacio de manera uniforme. El calor generado por la presencia humana y la actividad del ciclista acelera la descomposición del hielo; a lo largo de la acción el público puede intentar mantener el bosque de hielo usando las otras bicicletas que hacen funcionar un sistema de enfriamiento improvisado.

* * *

* Rosa Casado es creadora y performer. Vive entre Madrid, La Rioja (España) y Roma (www.palomachueca.com). Este trabajo es su tercera colaboración con Mike Brookes, artista y diseñador del Reino Unido, cuya actividad se centra en la producción de objetos e intervenciones duracionales y en la creación de *context specific performances* (www.mikebrookes.com). En esta obra desarrollan ideas que ya aparecen en sus colaboraciones anteriores: *Las sin tierra —7 intentos de cruzar el estrecho—* y *Paradise 2 —el sonido incesante de un árbol caído—*. Puede encontrarse más información sobre sus trabajos en www.butitwillturnout-wrong.com.

Siempre quise ser astronauta y viajar en una nave espacial. Y en realidad, aunque parezca increíble, podría decir que eso es lo que he hecho toda la vida. Supongo que podemos pensar que todos somos astronautas aunque no sintamos que estamos a bordo de una fantástica y auténtica nave espacial, una nave esférica: la Nave Tierra. De esta minúscula esfera hemos visto una pequeña parte; en cualquier caso, hemos visto más que los seres humanos que vivieron antes del siglo XX: estas personas, en toda su vida, vieron una millonésima parte de la superficie de la Tierra. Nosotros hemos visto mucho más; y, por ejemplo, los pilotos comerciales veteranos han visto alrededor de una centésima parte de la superficie terrestre. Pero incluso esa cantidad no es suficiente para ver y sentir la Tierra como una esfera.

La nave Tierra tiene un diámetro de 12.875 kilómetros, una longitud insignificante en la inmensidad del universo. La estrella más cercana: el Sol, la abastece de energía y está a una distancia media de 149 millones de kilómetros; la siguiente estrella más cercana, Centauro, está 100 mil veces más lejos. Este es el tipo de distancias en las que volamos. Desde la nave estelar que nos provee de energía, la luz tarda en llegar a la nave Tierra 8'3 minutos. Esta pequeña nave viaja alrededor del Sol a 96.560,4 km/h y a la vez gira sobre sí misma a 161 km. por minuto, es decir a 9.660 km/h. Esto es girar y volar muy rápido.

La nave Tierra es tan extraordinaria que los seres humanos hemos estado durante 2 millones de años sin saber, ni siquiera imaginar, que estábamos a bordo de una nave espacial. Y está tan bien diseñada que es capaz de regenerar la vida a bordo



Fot. Rafael Gavalle.

a pesar de perder energía, como hacen todos los sistemas del universo. La nave Tierra es un sistema igual que lo son un lago de montaña con las laderas y valles que lo rodean o el conjunto de planetas que orbitan alrededor del sol; lo importante es que somos capaces de definir, con cierto grado de exactitud, los componentes relevantes del sistema y cómo interactúan. La nave Tierra obtiene la energía regenerativa de otra nave espacial: el Sol. Así que volamos en compañía del Sol, tan cerca como para recibir la radiación suficiente que nos mantiene vivos y tan lejos como para no quemarnos.

Parte del extraordinario sistema de la nave Tierra, de su equipo, de sus pasajeros y de su sistema de base internos es que estamos dotados con capacidades intuitivas e intelectuales que nos han permitido descubrir los genes, el ADN, el ARN y otros principios fundamentales que controlan los sistemas vitales, así como la energía nuclear y las estructuras químicas. Por eso supongo que es paradójico, aunque explicable, que infrutilicemos, abusemos, y contaminemos este increíble sistema de intercambio de energía que, hasta el momento, ha sido capaz de regenerar con éxito la vida a bordo.

Una de las cosas interesantes de esta nave es que es un vehículo mecánico, como una bicicleta o un coche. Si tienes un coche, por ejemplo, te das cuenta de que tienes que ponerle gasolina, agua en el radiador y cuidarlo en su totalidad. Empiezas a desarrollar, un poco, un sentido del cambio y del deterioro, es decir: un sentido termodinámico. Sabes que tendrás que mantener la máquina en buen estado o tendrás problemas y dejará de funcionar. En estos 2 millones de años no hemos visto la nave Tierra como una máquina diseñada integralmente que, para funcionar bien, necesita ser entendida y cuidada como un todo. Y en realidad, podríamos leer el destino de la nave Tierra, y de todo el universo, en el comportamiento de un motor. Para hacer funcionar un motor lo que hacemos es generar calor y dejarlo fluir; entonces, parte de este calor se transforma en otro tipo de energía, en movimiento, en energía mecánica, y entonces una bomba gira, un coche se mueve, un avión despegue. Pero parte de ese movimiento se vuelve a transformar en calor, calor que se pierde, que se disipa. Lo mismo pasa en la nave Tierra y en el universo: hay una tendencia universal a la disipación, a la pérdida de energía mecánica, de movimiento, en forma



Fot. Mikebrookes.



Fot. Mikebrookes.

de calor; esto quiere decir que siempre hay parte de energía que se malgasta como calor. El calor siempre se mueve de algo que está caliente hacia algo que está más frío y la energía ni se crea ni se destruye, solo podemos transformarla. Por eso presumo que las consecuencias inevitables de todo esto es que el universo acabará como una reserva de calor uniforme y tibia. Supongo que podría pensar que el calor es movimiento y que el movimiento es cambio. De manera que si todo se vuelve uniforme, si todo se vuelve lo mismo, no hay cambio posible y sin posibilidad de cambio nada más puede pasar.

Ahora, hay un hecho extraordinariamente importante concerniente a la nave Tierra, y es que no tenemos un manual de instrucciones que nos explique cómo funciona. La falta de este manual nos ha obligado a descubrir cosas como por ejemplo que hay dos clases de bayas rojas: unas que podemos comer y nos alimentan y otras que pueden hacernos daño e incluso matarnos. Por eso, hemos tenido que encontrar maneras de saber anticipadamente qué bayas rojas podemos comer sin peligro de enfermar o morir. Como no tenemos libro de instrucciones, debemos usar nuestro intelecto para interpretar de manera efectiva el significado de lo que hemos encontrado a través de la experiencia; es decir, estamos aprendiendo cómo adelantarnos con seguridad a lo que no conocemos, a las consecuencias de un número en aumento de modos alternativos de supervivencia y, así, alargar nuestra permanencia en la Tierra.

Todos los recursos y riqueza de la nave Tierra han sido, y son, un factor importante de seguridad que nos ha permitido ser ignorantes durante

mucho tiempo, el tiempo necesario para acumular suficientes experiencias de las que extraer progresivamente los principios generales que gobiernan el medio ambiente. La falta de un libro de instrucciones para manejar y mantener la nave Tierra y su complejo sistema de vida y regeneración nos ha obligado a descubrir retroactivamente nuestras capacidades más importantes. Nuestro intelecto ha tenido que descubrirse a sí mismo. El intelecto compila los hechos de su experiencia y los revisa comprensivamente haciéndose más consciente de los principios generales que subyacen en todas las experiencias singulares. Solo cuando aprendimos a generalizar los principios fundamentales del universo el ser humano aprendió a usar su intelecto eficazmente. Y así, a partir de las experiencias particulares vividas en las que hemos descubierto cosas accidentalmente, hemos obtenido, por ejemplo, el principio general de la palanca o el principio de evolución. El principio de evolución nos explica por qué las cosas ocurren de una manera y no al revés; para entender este principio es importante saber que todos los sistemas tienen un grado de desorden que se puede medir y que esa medida nos habla del número de estados en los que el sistema puede existir, y cuando un cambio espontáneo sucede, este desorden aumenta tendiendo todo a uniformizarse. Por ejemplo, si ponemos una cosa caliente al lado de una cosa fría el calor irá, espontáneamente, de la cosa caliente a la fría hasta que las temperaturas de ambas cosas se igualen. Y esto sucede de este modo y no al revés porque es, simplemente, infinitamente más probable que el proceso inverso. Así que podemos pensar que en el universo hay procesos que solo suceden en una dirección, es decir, que son irreversibles; y tal vez este es el secreto de todo cambio: si hay procesos irreversibles entonces podemos pensar que el tiempo tiene una dirección y esta dirección está definida por las probabilidades de que suceda una cosa en vez de otra. A veces los cambios en los sistemas suceden repentina y abruptamente, como cuando el agua se congela o el hielo se derrite. El agua es líquida y móvil o es sólida y rígida, pero no se hace viscosa y lenta antes de hacerse hielo. Este tipo de cambios afectan exactamente en el mismo momento a todos los componentes del sistema y surgen, generalmente, de sus interacciones locales: cada componente presta atención a su vecino sin saber ni preocuparle lo que sucede más allá. Así



Fot. Rafael Gavalle.

que en un momento los elementos se comportan normalmente, como si nada los importunara, y de repente, en el instante siguiente, sin aviso previo, todo cambia y se comporta de manera completamente diferente. Estos cambios conectan dos estados posibles de existencia de la misma cosa, del mismo sistema: los elementos son exactamente los mismos pero organizados de manera diferente. Hay cambios en la sociedad que suceden, exactamente, de este modo. Por ejemplo, como cuando una multitud camina por la calle y estalla una tormenta. De repente, todo el mundo comienza a moverse de otra manera, acortando las distancias entre los individuos, juntándose más, permitiendo que los otros se acerquen en el intento de evitar las zonas húmedas de la calle. En ese preciso momento sientes cómo la multitud, de la que formas parte, y su comportamiento, de golpe funcionan y se organizan con reglas totalmente diferentes.

Las acciones colectivas y sus efectos son inevitables; imagino que no importa lo independiente que pienso que soy o lo únicas que pueden parecer mis acciones, entiendo que lo que hacemos son detalles de una realidad más amplia. La física nos muestra cómo preocupándonos solo de cómo interactuamos con nuestros vecinos más cercanos podemos adquirir una influencia global y colectiva. Teniendo en cuenta todo esto además de saber que el tiempo solo pasa hacia adelante, que hay procesos irreversibles y que no podemos crear energía sino solo transformarla, trato de imaginar cuál es nuestra posición de vuelo actual en el universo y su evolución; supongo que la abundancia de recursos de la nave Tierra ha sido suficiente como para permitirnos la supervivencia a pesar de nuestro desconocimiento y pienso en cuánto tiempo más podremos sobrevivir satisfactoriamente sin cambiar nuestro comportamiento. Me gustaría pensar que los seres humanos somos capaces de entender, y no solo de experimentar, los cómo y los porqués de la existencia. Así que suponiendo que el éxito o el fracaso del planeta y de la especie humana dependan en algo de cómo soy y de lo que hago, lo que en realidad me pregunto es cómo podría ser y qué podría hacer.